

1 1ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 4,26-34.

En aquel tiempo decía Jesús a las turbas:

-El Reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra.

Él duerme de noche, y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega.

Dijo también:

—¿Con qué podemos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después, brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas.

Con muchas parábolas parecidas les exponía la Palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado

CRISTO NOS CAMBIA LA VIDA

El Evangelio de hoy está formado por dos parábolas muy breves: la de «**la semilla que germina**» y crece sola, y la del «**grano de mostaza**». A través de estas imágenes tomadas del mundo rural, Jesús nos presenta «**la eficacia de la Palabra de Dios y los requerimientos de su Reino**», mostrando las razones de nuestra «**esperanza**» y de nuestro «**compromiso**» en la historia.

En la primera parábola la atención se centra en el hecho de que la semilla, echada en la tierra, «**se enraíza y se desarrolla por sí misma**», independientemente de que el campesino duerma o vele. El campesino confía en el «**poder interior**» de la semilla misma y en la «**fertilidad**» del terreno.

En el lenguaje evangélico, «**la semilla es símbolo de la Palabra de Dios**», cuya fecundidad recuerda esta parábola. Así como la humilde semilla se desarrolla en la tierra, así «**la Palabra actúa con el poder de Dios en el corazón de quien la escucha**». Dios ha depositado su Palabra en cada uno de nosotros, en nuestra concreta humanidad.

Podemos tener confianza, porque la Palabra de Dios es palabra creadora, destinada a convertirse «**en el grano maduro, en la espiga**». Esta Palabra «**si es acogida**», da ciertamente sus frutos, porque «**Dios mismo la hace germinar y madurar**» a través de caminos que no podemos verificar y de un modo que no conocemos.

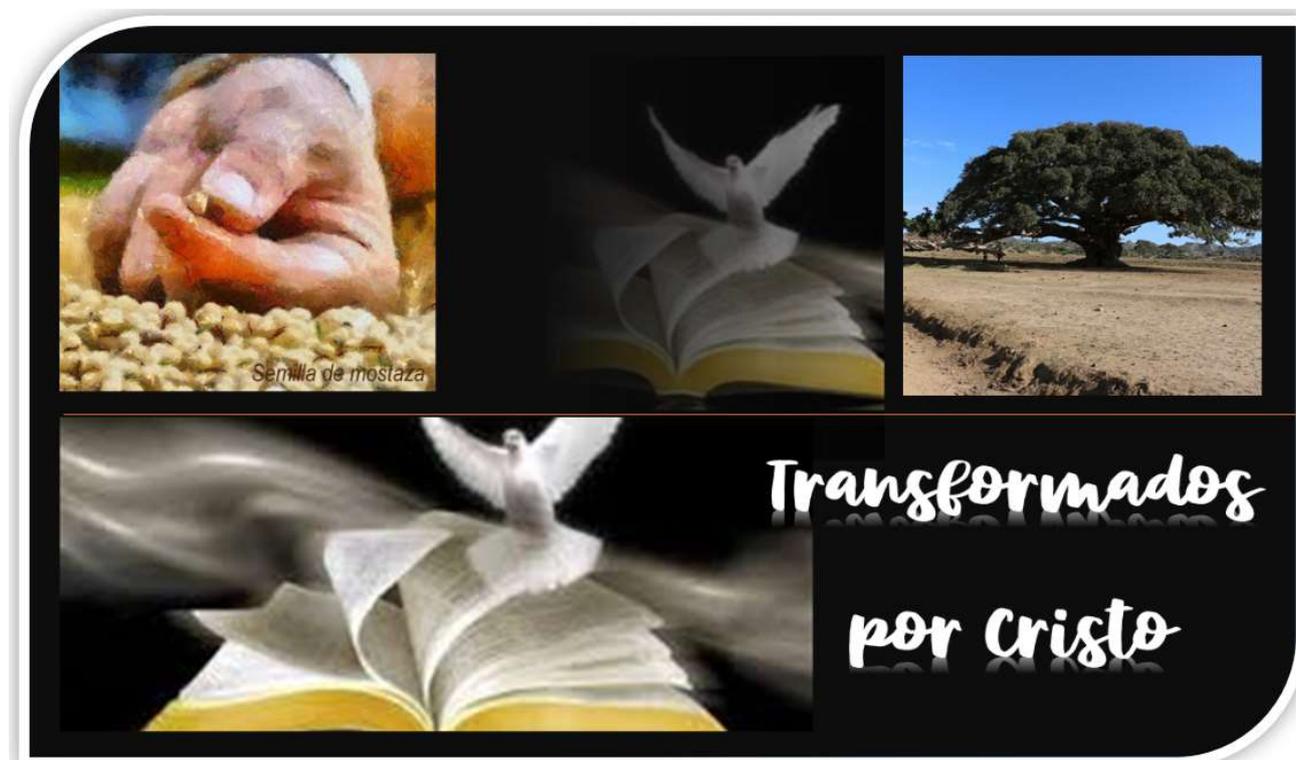
Todo esto nos da a entender que «**siempre es Dios quien hace crecer su Reino**». Así lo decimos cuando rezamos el Padrenuestro: «**venga a nosotros tu Reino**». «**El hombre solo es su humilde colaborador**», que contempla y se deleita por la acción creadora divina y espera con paciencia sus frutos.

«**La Palabra de Dios hace crecer, da vida**». Aquí el Papa Francisco insiste una y otra vez en tener una Biblia, un Evangelio pequeño en el bolsillo, en la cartera, para alimentarnos cada día con esta Palabra viva de Dios. Porque esta es «**la fuerza que hace germinar en nosotros la vida del Reino de Dios**».

La segunda parábola utiliza la imagen del «grano de mostaza». Aun siendo «la más pequeña» de todas las semillas, está llena de vida y crece hasta hacerse «más alta que las demás hortalizas». Y así es el Reino de Dios, una realidad humanamente pequeña y aparentemente irrelevante, pero que puede crecer de manera insospechada.

Para entrar a formar parte de ese Reino es necesario ser pobres en el corazón. «No confiar en las propias capacidades», sino en el poder del amor de Dios. «No actuar para ser importantes» ante los ojos del mundo, sino para ser valiosos a los ojos de Dios, que además tiene predilección por los sencillos y humildes. Cuando vivimos así, a través de nosotros «irrumpe la fuerza de Cristo y nos transforma». Lo que es pequeño y modesto se convierte en una realidad que fermenta la masa del mundo y de la historia.

De estas dos parábolas nos llega una enseñanza importante: el Reino de Dios requiere «nuestra colaboración», pero es, sobre todo, «iniciativa y don de Dios». Nuestra aportación, aparentemente pequeña frente a la complejidad de los problemas del mundo, si la ponemos en las manos de Dios, no sucumbirá al desaliento cuando aparezcan las dificultades. «La victoria del Señor es segura».



«Su gran amor hará brotar y hará crecer cada semilla de bien de nuestros corazones». Esto «nos abre a la confianza y a la esperanza», a pesar de los dramas, las injusticias y los sufrimientos que encontramos. La semilla del bien y de la paz germina y se desarrolla porque el amor misericordioso de Dios hace que madure.

Que la santísima Virgen, que acogió como «tierra fecunda» la semilla de la divina Palabra, nos sostenga en esta esperanza que nunca nos defrauda. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
16 de junio de 2024